



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXKVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11018

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 21 DE JULIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

SIN ESPERANZA

Ninguna nos quedaba ya de que la fortuna nos volviese la cara en la presente guerra. Perdida la mal llamada escuadra de Filipinas; deshechos por las granadas enemigas los barcos que en el mar de las Antillas tremolaban nuestra bandera; rendido Santiago de Cuba, cuyos heroicos defensores nos daban alientos para seguir esperando un cambio de la suerte, no nos restan ya energías para contemplar tanto desastre y mucho menos para afrontar las consecuencias de la continuación de esta serie de desdichas que sobre la nación ha caído.

Volvemos afanosos la vista á todas partes, para encontrar una luz que ilumine las lóbregues de esta noche triste que se ha extendido por la infeliz España y nuestra pupila se dilata en vano y vanamente se agita nuestro espíritu; el horizonte físico no da paso al menor rayo de luz y el horizonte moral continúa ennegrecido, impenetrable á todo rayo de esperanza.

¿La Habana! ¿Qué hará la Habana? nos preguntamos llenos de mortal congoja. ¿Qué hará Puerto Rico amenazado de próximo ataque? ¿Qué hará España sobre cuyas costas piensan los americanos descargar todo su encono? Y como respondiendo al eco de un conjuro, la voz autorizada de un príncipe de la milicia arroja á la publicidad esta triste profecía:

—La capitulación de Santiago de Cuba era inevitable, porque era imposible la resistencia. Lo mismo ocurrirá en la Habana. Capitulará también y capitulará Puerto Rico.

Ilusiones de gloria y de grandeza, pasad pronto. Llevad con vosotros al legendario general No importa que tantas veces condu-

jo á la victoria los soldados españoles, y tantas páginas de oro trazó con su acero invisible en la brillante historia de esta nación desventurada.

Nuestros barcos quedaron a merced del Océano, rotos, maltrechos, sin gobierno y sin guía, barridos por la muerte sus tripulaciones heroicas y aplastadas por enemigo formidable. Nuestra bandera... el lienzo rojo y gualda que al flotar en el aire regocija nuestra alma en los días de paz y enciende nuestra sangre en los días de guerra, ya no da sombra á la antigua capital de Cuba. En el sitio que ocupó tantos años flota hoy la bandera enemiga. Dentro de poco se arriará en la Habana. Después desaparecerá de Puerto Rico. Lo ha dicho el general Martínez Campos.

No acusamos á nadie de esa desdicha. En estos momentos dolorosos para la patria, sentimos con el dolor de sus heridas y nos abruma sus infortunios.

¡Indignarnos! ¿Para qué? No lo consentiría el lápiz rojo. Ni hay tampoco lugar en nuestro espíritu para otro sentimiento que no sea el que nos produce las desventuras de la patria.

Ya vendrán otros días que traerán sentimientos distintos.

En tanto, lloremos la *débaclé* de la madre común.

GLORIAS NACIONALES

Batalla de Rubiñat.

21 de Julio de 1462.

Poco más de un año hacía que Cataluña, arrastrada por las simpatías que en ella enjendró el príncipe de Viana, preso sin fundamento por su padre don Juan II, se hallaba insurreccionada contra este monarca aragonés.

D. Juan II, al frente de numerosas tropas y acompañado de prestigiosos caballeros aragoneses y catalanes, reco-

rría sus dominios de Cataluña batiendo á los rebeldes y haciendo volver á su obediencia las plazas rebeldes.

Hallándose en Cervera fué sabedor de que los capitanes rebeldes Guillen de Valseca y Francisco Sentmenot, con una compañía de caballos, se dirigían á reforzar la guarnición de Barcelona, sobre la que marchaba el rey, y queriendo éste estorbar la llegada de tal refuerzo, envió á Juan Saravia con otra compañía de caballos para que le impidiera el paso, más no habiendo podido cumplir las órdenes del soberano por haber llegado tarde, marchó Saravia en persecución de los mencionados capitanes, internándose en terrenos que dominaban casi por completo la insurrección, viéndose al poco tiempo rodeado de numerosos enemigos.

Para librarse de una derrota se acogió con toda su gente en el castillo de Rubiñat, al que como era de esperar, pusieron sitio Hugo y Guillén de Cardona, Jofré de Castro, Roger de Eril y Guillén de Valseca, que capitaneaban un buen número de aguerridas tropas.

Noticioso D. Juan de lo que ocurría, acudió en auxilio de su capitán, para librarle de la muerte segura que tanto á él como á su gente le esperaba de no acudir en su socorro, llegando á las proximidades de Rubiñat el 21 de Julio de 1462.

Los rebeldes, que tuvieron con bastante antelación noticia de los movimientos del rey, tomaron posiciones en las mencionadas cercanías y por esto, tan luego llegaron los huestes reales ante ellos, trabaron combate.

Los catalanes, con saña fiera, cual se hace por una idea arraigada en lo más profundo del corazón y por la que se ha jurado ser vencedor ó muerto, pelearon con las gentes del aragonés; mas la superioridad que sobre ellos tenían éstos, hizo estériles la tenacidad y la bravura con que se batieron.

Más de una vez tuvieron inclinada á su lado la victoria; pero como los aragoneses no luchaban con menos ardimiento que ellos, y como además tenían la ventaja del número, todos sus esfuerzos solo sirvieron para hacer más carnizado y sangriento el combate.

Sobre el campo de batalla quedaron muertos 700 catalanes, y á excepción de Jofré de Castro, todos los capitanes

rebeldes mencionados más arriba quedaron prisioneros del aragonés con gran número de soldados.

MAESE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

UNA IDEA

Los horrores del actual conflicto hispano americano sugieren á un escritor belga una idea que, realizada, daría quizás algunos resultados en beneficio de la humanidad.

En todas las Exposiciones universales, dice ese escritor, figura indispensablemente una Sección militar. El público contempla con curiosidad toda la ingeniosa organización de los aprestos presentados de una manera artística y agradable. Los trofeos decorativos, los cañones nuevecitos, los proyectiles de diverso calibre, todos los últimos inventos de la artillería y de la ingeniería se exhiben allí en combinación grata á la vista. Tienen un aspecto tan reluciente, tan bonito, que apenas si al curioso que los examina le viene á la mente una vaga é indecisa imagen de los destrozos terribles, de los males inmensos que aquellos guerreros utensilios pueden orusar el día que dos naciones enemigas hayan de utilizarlos. Nada, en suma, de repugnante ni de horrible en ese *attrezzo* militar; al contrario, el espectador se limita á admirar la sabiduría y el poderío que representan tales inventos; rara vez su imaginación va más lejos. Verdad es que no habiendo tenido ocasión de ver un campo de batalla, carece de motivos verdaderos para estremecerse de espanto y de indignación.

De ahí parte el comunicante del periódico belga para reclamar la creación de una segunda sección militar, anexa á la primera, y en la que se exhibirían ante los ojos del público los efectos figurados de aquellos inventos. El señor quisiera que por medio de cuadros plásticos, por medio de figuras y accesorios de tan alto natural, pudiese formarse el visitante una idea exacta de las «grandezas» de la guerra. Cada vez destrozados, combatientes luchando en el campo de batalla con las ansias de la agonía, ambulancias con sus heridos, médicos practicando las

amputaciones; todo el siniestro escenario en una palabra de la guerra, reproducida con el mayor realismo posible y sin atenuación ninguna de detalles horribles. Llevando esta imitación cuanto más lejos fuese posible, el público saldría hondamente impresionado y de esa impresión generalizada entre todas las clases sociales podría salir un germen paleológico de gran alcance para el mantenimiento de la paz.

Excelente me parece la idea y bueno sería que se pusiese en práctica, aunque no fuese más que para obtener resultados relativos. Para alejar el espectro sangriento de la guerra verdadera, no debería omitirse ninguna tentativa. De las escenas de aniquilamiento y de destrucción que ofrecen las luchas militares no tiene la inmensa mayoría de las gentes más que una idea muy vaga y casi siempre errónea; jamás la imaginación por más que quiera exaltarse llega á concebir la percepción neta y exacta de lo que es la guerra. Y como por cada oíen mil seres humanos que viven tranquilamente en sus hogares no hay más que unos pocos soldados que hayan visto de cerca el espectáculo de un campo de batalla, resultará siempre que la sociedad se forja en su *coere bro* colectivo una idea muy lejana y muy debilitada de lo que es un campo de batalla. A las que estamos, pongo por caso, pacíficamente instalados en nuestras ciudades, no nos han de dar ni los cablegramas, ni las cartas, ni los grabados de las Ilustraciones una impresión fiel de lo que ha pasado y sigue pasando en Santiago de Cuba.

Por mucha que sea la voluntad imaginativa no conseguiremos estremecernos de pavor y de angustia, como nos sucedería, si de golpe y porrazo fuera posible el ponernos enfrente del tremendo espectáculo que debían ofrecer los puentes de nuestros buques ardiendo, cubiertos de muertos y de agonizantes, empapados de sangre, llenos de arduos despojos; y quizás los más ardientes partidarios de la guerra modificarían su opinión si también por arte de birli-birloqui les condujese un brujo en un abrir y cerrar de ojos, junto á las tapias de Santiago, en medio de los proyectiles que silban furiosos ó estallan, sembrando la muerte y la ruina.

Pero aunque sea imposible el dar de

CARLOS II EL HECHIZADO

1080

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1081

CARLOS II EL HECHIZADO

1084

sabeis que no muy lejos de aquí nos espera un carruaje que debe conducirnos sin descanso á la frontera por la parte de Cataluña, donde nos aguarda el mariscal Belfonda, puesto que con hacer desaparecer de la tierra á esta criatura, y á su madre, la cual sería un testigo perenne del nacimiento de su hijo si la dejásemos, llenamos cumplidamente los deseos de la Francia. ¡Oh! no perdamos mas tiempo. Ya que hemos llegado hasta aquí... huyamos.

Y extendiendo los brazos cogió al débil hijo de Carlos II como pudiera hacerlo un vampiro para chuparle la sangre.

Ottoboni volvió á guardar su estuche y se apoderó de Ana para cubrirla con su ropa. Esta se dejó vestir como si la estuviesen amortajando.

Cuando el uno abrigó con la capa que le cubría al niño, y el otro tomó entre sus brazos á la madre, dispuestos ya á desaparecer con sus víctimas por la ventana, Asima retrocedió herido por un pensamiento.

—Mañana volverá el hermano, dijo, y es preciso que sepa de adonde parte el rayo que le aniquilla.... Después de la venganza suprema queda la venganza secundaria.

Dijo, y sacando su puñal grabó sobre la mesa estas palabras:

«Te robo á tu hermana y á su hijo. —ASIMA.»

—Ahora, continuó con una risa histórica, marchemos. Dios, Providencia, casualidad ó destino, cualquiera que tú seas, potestad grandiosa que dirige los acontecimientos humanos, ábreme un camino al través de estas tinieblas. Yo te suplico que el huracán y la noche sean los mensajeros de mi victoria.

—No; ha estado trabajando toda la noche con el duque de Medinaceli.

Los caballeros no se olvidaron de que estaban cubiertos de lodo y agua, y siguieron al ugier.

Después de haber atravesado algunos salones llegaron á la puerta de la cámara del rey. Esta se abrió por el mismo que los conducía.

—No nos anunciais? preguntó el capitán Leon.

—No es necesario; entrad, contestó el ugier.

Y levantando una cortina que estaba al otro lado de la puerta, les hizo pasar por bajo de ella.

Carlos estaba vuelto de espaldas en aquel momento, dando frente á una ohimenea de mármol, en la cual ardía una carga de leña de hincina; cerca de él había una mesa en la que se veían desarrolladas algunas cartas geográficas y otros papeles de distintos tamaños. Dos quinqués de plata derramaban una luz moribunda sobre la mesa. Sentado en un sillón y trazando algunos caracteres, veíase al duque de Medinaceli.

Los tres caballeros permanecieron inmóviles guardando un silencio respetuoso. El rey, que no había notado la llegada de los jóvenes, iba á seguir dictando una orden, cuando Leon Bravo se estosió con el fin de hacerse notar.